

ENTREVISTA | Premio Iberoamericano de Letras José Donoso 2021

Cristina Rivera Garza y la construcción de un expediente afectivo

En El invencible verano de Liliana, la destacada autora mexicana urde a través de distintas voces los últimos años de vida de su hermana, asesinada en 1990. Los escritos de la víctima y la tipificación legal del "feminicidio" le ayudaron a encontrar un lenguaje apropiado para narrar y procesar el duelo.

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

El título del libro alude a una cita de Albert Camus que también sirve como epígrafe: "En lo más profundo del invierno aprendí al fin que había en mí un invencible verano". Y es lo que Liliana Rivera Garza, estudiante de Arquitectura en la Universidad Autónoma Metropolitana, anota en un papel que le entrega a una amiga cuando la ve llorando por una desilusión amorosa. "Esto es tu invierno", le dice. "Y pasará. No llores por nadie". Es probable que ella misma se lo repitiera una y otra vez, hasta la madrugada del 16 de julio de 1990, cuando fue asesinada. Liliana tenía 20 años.

Casi tres décadas después, la destacada escritora, traductora y académica mexicana Cristina Rivera Garza (Matamoros, 1964) encontró finalmente las palabras para narrar el crimen de su única hermana y, de paso, procesar la culpa, la vergüenza y el duelo. Otro epígrafe, del escritor y cineasta francés Chris Marker, describe su experiencia: "El tiempo lo cura todo, excepto las heridas".

Desde Houston, donde vive desde 1989, Cristina Rivera Garza habla del proceso de creación de este libro. Profesora de la Universidad de Houston y fundadora del doctorado de Escritura Creativa, recurrió para ello a una diversidad de voces: amigos y compañeros de su hermana, algunos parientes y los padres. Pero la voz fundamental es la de la propia Liliana, que Cristina descubrió al abrir sus cajas guardadas durante años, y donde se encontraban sus cartas y escritos.

Y si Cristina Rivera Garza ha venido desarrollando desde sus primeras obras el concepto de "desapropiación" en la escritura, este hallazgo le dio la oportunidad de llevarlo a una nueva expresión, más compleja y emotiva, en *El invencible verano de Liliana*. Autora de diez novelas, dos de ellas reconocidas con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz —*Nadie me verá llorar* y *La muerte me da*—, también ha publicado cuentos, ensayos e historia. Una trayectoria impecable que acaba de ser reconocida con el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso, que otorga la Universidad de Toluca.

"Crimen de pasión"

"Uno nunca está más inermemente cuando no tiene lenguaje", se lee en el primer capítulo. "Esa es una de las partes medulares del libro —señala—. Creo que contar historias como esta con el lenguaje dominante, que es un lenguaje patriarcal, es un reto en sí mismo. Porque las palabras, los vocabularios, las gramáticas no son cosas metafísicas o imaginarias, producen realidad. Y para contar estas historias con dignidad, pues es necesario darle la vuelta a ese lenguaje, y esto por supuesto no se hace a la fuerza, es un trabajo comunitario".

En México, el "feminicidio" está tipificado como delito desde 2012 y lo comete "quien priva de la vida a una mujer por razones de género". Doce años antes el lenguaje y la realidad eran otros. "En el caso de mi hermana, muy al inicio esta historia fue leída como un crimen de pasión —explica—. Esta es una narrativa que conocemos bien y que se ha criticado mucho, porque en ella la víctima es siempre la culpable y el perpetrador siempre tiene excusas para hacer lo que hizo".

—Usted cuenta el impacto de la performance de Lastesis.

¿Qué significó sacar estos conceptos del plano académico y llevarlos a la calle?

—Creo que hubo dos hechos que finalmente me convencieron de que era el momento de seguir con esta historia. Uno definitivamente fue la performance de Lastesis; claro, son temas que habíamos tratado, efectivamente la performance como tal está muy relacionada con el trabajo de Rita Segato. Pero una cosa es entenderlo intelectualmente y otra es que te agarren por dentro y te toquen todas las fibras de tu ser. La primera vez que lo escuché recuerdo que me quedé paralizada. Esa frase tan simple: "Y la culpa no era mía, ni dónde estaba ni cómo vestía". Hay una simpleza ahí que es brutal, que es clara y que es verdadera. Y el segundo aspecto que para mí también fue muy poderoso emocionalmente fue el veredicto en el caso de feminicidio que se había tratado de hacer pasar como suicidio, de Lesvy Berlin, en Ciudad de México. Está la emoción de hacer eco con algo que yo y que millones consideramos que es verdad: la culpa no es de ellas, ni dónde estaban ni cómo vestían. Y la posibilidad de que existan este tipo de veredictos en el presente. Eso abre la esperanza para seguir adelante.

—¿Cree que su libro es una manera de hacer justicia, ya que esta no se ha conseguido?

—El libro se inicia con la búsqueda del expediente, y otro acicate para continuar fue el darme cuenta de que muchos de esos expedientes pueden ser destruidos o desaparecer en los archivos de la justicia, y que si yo no tenía ese rastro legal, pues no iba a quedar ningún tipo de prueba de la existencia de mi hermana, al menos institucional, sobre la tierra. Entonces el libro viene de alguna manera a sustituir ese expediente, que en este caso va más allá del alcance del Estado, es el expediente afectivo. Es el que arman los amigos, los parientes, los colegas, los novios, los amantes, las personas que estuvieron cerca de Liliana y que con su memoria le dan vida. Hay algo de restitución en el proceso. Pero no soy ingenua, hay una esfera de lo legal donde se tiene que hacer justicia.

—Llama la atención que incluso publique la fotografía del acusado en el libro.

—Meses después de que ocurriera el feminicidio de mi hermana, una juez de la Ciudad de México encontró que había suficiente evidencia para levantar una orden de aprehensión contra Ángel González Ramos. El individuo, que es de Toluca y cuya familia vive en Toluca, se dio a la fuga y ha permanecido prófugo desde entonces. Me decidí a poner esa foto tan vieja, de hace treinta años, porque todavía espero que alguien que lo conozca, alguien que lo haya visto, alguien que trabaje con él, no pueda decir dónde está y dónde se metió todos estos años.

Cristina Rivera Garza recurre al libro de Rachel Snyder, *No visible bruises* (Sin moretones a la vista), en el que se recogen estudios médicos "basados en hechos muy concretos que se están utilizando para identificar desde las microviolencias cotidianas hasta el grado más letal, que es el feminicidio", explica. En México, en tanto, "el Instituto Politécnico Nacional produjo una manera de medir esto, que se llama el violómetro y que empieza con casos de alguien que te empuja o que te dice cosas no agradables o que te chifla en la calle, y va aumentando. Yo creo que vivimos en un sistema

tal que no hay mujer que no haya experimentado al menos una de estas distintas fases de la "violencia machista y patriarcal".

Respecto de ella misma, señala: "Creo que yo vivo en Estados Unidos hace tantos años porque, no es que aquí no exista la violencia sexista y no haya feminicidios, por supuesto que los hay, pero me habría sido muy difícil estar luchando todos los días contra una cultura tan evidentemente machista, tanto en el lugar de trabajo como en las calles. De alguna manera, mi migración temprana a Estados Unidos tiene que ver con el tipo de mujer que he sido, que era ya desde joven y que he continuado siendo ahora. Me la habría pasado un poquito más mal en México. Y va desde estas microviolencias a salarios menores para igual trabajo y diferencias que no solo atañen a cuestiones de género, sino también de clase y de raza, que están menos codificadas, a veces."

Liliana Rivera habría cumplido 53 años el 4 de octubre. "Este año pude pasar el día de sus cumpleaños con mis padres y, como te imaginarás, es una fecha llena de pesadumbre, todavía llena de mucha rabia, pero recibimos muchos mensajes y muestras de afecto de personas que conocemos, pero también de muchas que no conocemos. Esta sensación de estar acompañados, de que el duelo ha pasado de ser algo privado, oculto, silenciado, a un proceso compartido, signado por el afecto, no quita la tristeza, porque esa no se nos va a quitar nunca, pero le da un sentido distinto a lo que viene y al proceso de insistir en que se haga justicia".

—¿Cómo tomaron sus padres la publicación del libro?

—Yo hablé mucho con ellos sobre esto; leyeran todos los borradores. Y les dije, como a los amigos de Liliana con los que hablé, que si no estaban de acuerdo con algo, no lo iba a poner. Finalmente, todos estuvieron bastante de acuerdo en el contenido del libro. Y para mis padres, que, como yo, habían estado viviendo este hecho a solas, esta reverberación, esto que va más allá de nosotros y que regresa con mensajes de afecto y de solidaridad, pues sigue siendo muy sorpresivo, y muy alieccionador de lo que podemos hacer juntos.

—Usted dice que el duelo y la culpa son la misma emoción, pero distingue el elemento, la vergüenza, como un sentimiento más duro.

—Y más silenciado. Me parecía que hay este énfasis continuo sobre la culpa, que es mucho más distribuida de lo que creemos, no solo en pérdidas que involucren la violencia, sino en general. Pero que también había ahí un componente de vergüenza que todavía estoy tratando de entender. Para mí era importante decirlo: que no es solamente la culpa del sobreviviente la que está en juego, que hay un elemento silenciador, vertical, que queda encapsulado en la experiencia de la vergüenza; la vergüenza tiene que ocultarse para existir, pero cuando se le quita el velo, entonces se desactiva su poder acallante y se activa su capacidad crítica.

La vergüenza de no haberse dado cuenta de lo que pasaba con Liliana, en esos años en que era acosada por su exnovio. "Cómo es que no vimos esto. Y la respuesta que después de todos estos años permitió la escritura del libro es "no lo vimos porque nadie lo veía". No es una ceguera voluntaria; fue, sigue siendo en muchos casos, una ceguera social, impuesta. Algunas veces es elegida, pero en general, eso no haber visto es común a los duales que viven las familias que han perdido mujeres a causa de la violencia".

—¿Cuánto le costó "construir" el libro, porque también quedan cabos sueltos, no hay un final?

—Que bien que me hagas esa pregunta, porque finalmente aquí hay una serie de decisiones escriturales que es donde está el poder estético del libro en cuanto tal. A mí me importaba mucho que la voz de Liliana fuera protagonista; quería serle fiel al concepto de "desapropiación", en el que yo no usara para la voz ni el lugar de Liliana, que su voz posará hacia sus lectores de la manera más directa, aunque esto realmente es imposible. Hay un proceso de interpretación vivo, pero lo que no quería era poner un párrafo y decir "bueno, ella cómo le quiso decir es", o ese tipo de cosas. Y me incluí yo en los momentos en que me parecía que era importante no dejarla sola, era parte de mi responsabilidad. Finalmente, esta es una relación de hermanas y una relación de coautoras, también.

Por lo mismo, fue fundamental para ella encontrar la voz de Liliana. "Yo intenté escribir este libro varias veces y fracasé. Y cuando abrí esas cajas y vi lo rico que era su archivo, las muchas instrucciones que Liliana dejó acerca de cómo entenderla, dije, "bueno, aquí está, no tengo que inventar nada, esto es mucho más poderoso". Su escritura es la de una chica de 16, 17, 20 años, pero es alguien que tiene una conciencia muy clara sobre qué es escribir. No está nada más expresando sus sentimientos, aunque lo hace, sino también está jugando con el lenguaje. Hay ahí un estado de alerta sobre lo que significa escribir. También para mí era muy importante que, sin dejar de ponerle la justa atención al momento del crimen, este me convirtiera en lo único que puedo decir de mi hermana, porque a la vida de mi hermana, como a la vida de tantas mujeres asesinadas, va mucho más allá de eso".



FRANCISCO JIMÉNEZ



EL INVENCIBLE VERANO DE LILIANA
Cristina Rivera Garza
Literatura
Random House,
Santiago, 302
páginas, \$15.000.

A mí me importaba mucho que la voz de Liliana fuera protagonista; quería serle fiel al concepto de "desapropiación", en el que yo no usara para la voz ni el lugar de Liliana".

PÁGINA ABIERTA

TRES MUJERES SOLAS

Carolina Brown (Santiago, 1984) comenzó a dibujar y escribir desde niña. Posee un amplio currículo académico, ha sido premiada y ha publicado cuatro libros: *En el agua*, colección de cuentos, y las novelas *El final del sendero* (2018), ya reseñada en estas páginas, y *Rondas* (2019).

NOSTALGIA DEL DESIERTO es su más reciente ficción y difiere de las anteriores en varios aspectos: es decididamente autobiográfica, si bien narrada en tercera persona; el estilo es más seguro que en sus volúmenes previos; hay sucesivos cambios en los puntos de vista; Brown exhibe una madurez asustante en el resto de su producción. Los personajes están bien delineados, sobre todo las mujeres, aun cuando son desdibujados para que queden en la memoria tras leer un texto más bien breve, y salvo las tres protagonistas, muchas veces nos quedamos con meros nombres: la nana Margarita, la criada Martinique, el bisabuelo Rupert, Mr. West y una multitud de parientes y amigos de su madre, a quien *Nostalgia del desierto* es variadas



NOSTALGIA DEL DESIERTO
Carolina Brown
Enescé editores,
Santiago, 2021,
157 páginas,
\$12.900.
NOVELA

cosas a la vez: una indagación en la intimidad de tres mujeres separadas por generaciones, aunque vinculadas por lazos afectivos que han perdurado a lo largo de décadas; una visión retrospectiva y a la vez muy contemporánea del dan Brown, al que pertenece Carolina; una exploración en el pasado y el presente tanto de Peggy, Rebecca y Dora, como en el de sus relaciones de parentesco; una meditación, ora tierna, ora cruel en torno a la juventud ya perdida, la madurez, la deconstrucción; un *Nostalgia del desierto* no resulta una obra fácil de definir por varias razones: su aparente sencillez es engañosa, puesto que Brown se interna con pasión en el laberinto de la psique femenina; rebusca, revuelve, escarba en el pasado sin contemplaciones, más siempre con una dosis de ternura; los hechos remotos (hablamos de los años veinte) resucitan gracias a la perseverancia de Rebecca por encontrar sentido a su pasado y hallar su identidad; surgen objetos, antiguas fotos —especial una de su madre, a quien nunca conoció—, juguetes, ropas, aten-

sos, los primeros autos que llegaron a Chile, los pasatiempos de la infancia, las aburriduras y poco creativas clases que para Rebecca y su hermano Eddie, afectado tempranamente por una enfermedad eradicada, son un calvario de hastío.

Básicamente, *Nostalgia del desierto* está construida en dos planos narrativos: está a la vez, nos remiten a un siglo en la vida de Chile, dentro de un círculo estrecho y, hasta cierto punto, desconectado de la realidad; el del grupo familiar de los Brown, ligado profesional e individualmente a las Oficinas Salitreras que florecieron en la década del veinte y sus posteriores. De hecho, una de las perspectivas centrales está conformada por las cartas que Peggy le escribe a Dora: un epistolario vivido, divertido, picaro, repleto de anécdotas y reminiscencias, que para la angustia, ansiedad, hasta desesperación

de Peggy, queda siempre sin respuesta. Por cierto, *Nostalgia del desierto* no es una ficción epistolar; sin embargo, las desoladoras, ansiosas, acogedoras palabras de Peggy conforman en sí mismas, otra novela dentro de la trama central.

El otro plano al que antes nos referimos está constituido por los vivencias de Rebecca, una epéica de multibanda que trabaja sin cesar y a juzgar por lo poco que se dice al respecto, obtiene un magro sueldo, pese a su impecable desempeño que en múltiples oportunidades la obliga a quedarse en la oficina hasta altas horas de la noche. Y el comienzo de *Nostalgia del desierto* tiene precisamente que ver con esto: su tía Peggy la llama desde Londres con el fin de que se haga cargo de sus cenizas.

Eso significa al menos quince días de vacaciones o permiso sin sueldo y el jefe de Rebecca la recrimina por su bajo

rendimiento. No obstante, Rebecca decide partir a Londres a cumplir con la promesa que formuló a Peggy y, en lo sucesivo, tendremos escena tras escena de malentendidos, fantasmales recorridos por la capital del Reino Unido y el retorno de Rebecca a Santiago con el ánfora que porta los restos de Peggy, todo lo cual se presta para numerosos episodios ridículos, si bien, a la postre, Rebecca consigue quedar en paz consigo misma.

Con todo, *Nostalgia del desierto* es más que lo anterior: es una travesía sin vuelta atrás, un recorrido por el tiempo después de la desaparición de las salitreras y la brutal realidad; una reconstrucción de un clan social que conoció momentos de gloria y romance, ahora hundidos en el olvido; la memoria de dos mujeres, junto a la de una artífice, cuyo morente aparece en esta lograda intriga. Pero, sobre todo, *Nostalgia del desierto* es la crónica terna, poética, evocadora, de tres mujeres solas.

Comente en: blogs.elmercurio.cl/cultura

por Camilo Marks